

Arquitrave



Mateo Morrison • Li He • Juan Larrea • Ricardo Paseyro
Clemencia Tariffa • Armando Valdés • Mohamed Bennís
Ricardo Villa • Jesús Suárez • Juan Camilo

La calle solitaria

*Salen de la escuela.
Hace mucho calor para pasear,
pero deciden vagar por las calles
con sus vestidos claros
para matar el tiempo.
Es verdad que han crecido.
De blanco de la cabeza a los pies,
mirando de soslayo,
humedeciendo sus labios
y sus bocas sedientas de placer
ascienden por la calle solitaria.*

William Carlos Williams
Version de Harold Alvarado Tenorio

Arquitrave

Harold Alvarado Tenorio • Director

<http://www.arquitrave.com>

ISSN: 1692-0066

Nº 43, Volumen 8, Año VIII

Junio de 2009

Arquitrave se publica con el patrocinio de A. da Costa e Silva, A. Caballero Holguín,
C. Peri Rossi, C. Triviño Anzola, D. Balderston, D. de J. Cordero, E. Restrepo,
J. Jaramillo Escobar, J. Prats Sariol, J. D. García Mejía, J. M. González Martel,
L. Borja, L. A. de Villena, M. Al-Ramli, R. Rivero Castañeda y R. Hill.

CONVERSANDO CON MATEO MORRISON

Valentín Amaro



Hijo de Egbert Morrison, un jamaiquino establecido en la República Dominicana, y de Efigenia Fortunato, dominicana, Mateo Morrison es ante todo, un poeta que ha sabido vivir y sentir distintas etapas de la vida dominicana. Miembro de la denominada “Generación de Posguerra”, un grupo de escritores surgidos a partir de la Guerra de abril de 1965, insurrección armada ocurrida en nuestro país después del Golpe de Estado de 1963 y agudizada por la segunda intervención norteamericana a la República Dominicana, Morrison ha desempeñado numerosas tareas culturales y en la actualidad es viceministro de cultura.

Valentín Amaro: *poeta podría hablarnos de su niñez...*

Mateo Morrison: Crecí rodeado del cariño de mis familiares. Mi padre Egbert Morrison, jamaquino, con otra cultura, con más edad que mi madre. Guardando la distancia, al igual que Antonio Machado, yo también tenía mi patio. Por allí vivían mis abuelos, es decir, aquello era una comunidad familiar. Había muchos árboles frutales. Fíjate que ellos tenían noventa y seis tareas de tierra y casi todas sembradas de guayabas, mamones, aguacates y mangos. En mi poesía, aludo bastante a ese periodo

¿Cómo llega la poesía?

Al principio yo no lo entendí bien, fue una cosa tan espontánea, que nunca me había detenido a explicarme cómo llegó. Porque mis padres, mis abuelas y mis tías aspiraban a que yo fuera médico.

Antes de esto yo había tenido un contacto con el poeta haitiano Jacques Viau Renaud, quien fue mi profesor en bachillerato. Era un excelente poeta; además, una persona con una vasta cultura. Nos recitaba poemas de Víctor Hugo en francés y luego nos los traducía al español. Además el ejemplo de él como militante revolucionario, que dio su vida por nuestro país, era como seguir la huella de la persona que yo admiraba. Cuando yo tenía diez u once años sentía la necesidad de comunicarme en metáforas y escribía en mi cuaderno con mucha timidez, no se lo mostraba a nadie. Mi padre que había estudiado en Inglaterra llegó a hablarme de algunos poetas de Inglaterra, pero yo no me dediqué a leerlos. Más tarde sí me dediqué a conocer al norteamericano Walt Whitman que es un poeta de primer orden. Mi padre también me habló de los

románticos ingleses y recuerdo que llegó a decirme que él admiraba la poesía, pero que como de la poesía no se podía vivir, él sufría mucho conocer la realidad de los poetas de Inglaterra, que la mayoría sufrieron mucho. Admiraba mucho al poeta Milton, el autor de “Paraíso perdido”, e incluso le llegó a poner a uno de mis hijos este nombre en honor al gran escritor. También me ayudó en mi formación, tener el conocimiento del poeta dominicano Juan Sánchez Lamouth a quien admiro en gran manera y quien fue mi amigo...

Al momento de estallar la Guerra de Abril de 1965, ya usted tenía unas lecturas fundamentales...

Si, es cierto. Recuerdo que uno de los libros de Engels, en un cerco que se hizo por casa, yo tuve que esconderlo en una mata de coco.

¿Otros autores?

Como dije antes, yo leí a Neruda. Luego vine a entrar en contacto con Vallejo cuando conocí a Juan Sánchez Lamouth. Yo sólo hablaba de Neruda y entonces Juan me dijo: “Mira tú hablas mucho de Neruda, pero hay otro poeta que también es tan grande como Neruda”. Entonces me dijo: “Se llama César Vallejo”. Y entonces yo visité una librería y compré una antología de Vallejo y ese fue un encuentro inolvidable. Me di cuenta que había dos grandes momentos o como después dijo Octavio Paz que América era uno de los continentes que se podía sentir orgulloso de tener dos medio días: tener a Neruda y tener a Vallejo. Todo eso me impactó tanto que cuando en el 1979 fundamos el Taller Literario de la Universidad, lo

denominamos “César Vallejo”. Sin duda que la llegada de este poeta a mi conocimiento junto a Miguel Hernández, Lorca, un poeta turco Nazim Hikmet, con Aimee Cesaire en su poema “Retorno al país natal”, con otros poetas de diversas lenguas y también otros poetas dominicanos, y como yo he contado en otras ocasiones que el Grupo “La Antorcha” decidió que debíamos conocer a los poetas dominicanos, y fuimos casa por casa a conocer nuestros poetas.

Usted junto a otros jóvenes funda el grupo literario “La Antorcha”.

Yo era profesor de inglés, literatura e historia en el Colegio San Francisco; allí tuve como alumnos a Alexis Gómez Rosa y Enrique Eusebio. También yo había conocido a Rafael Abreu Mejía, quien era mi vecino y que tenía unos ocho años más que yo, pero que nos hicimos muy buenos amigos y él también escribía. Un día Alexis Gómez Rosa y Enrique Eusebio visitaron mi casa y me dijeron que tenían planes de hacer un grupo literario y yo asentí porque Rafael Abreu Mejía y yo teníamos la misma idea. Ese día nació “La Antorcha” y el nombre se lo puso el poeta Abreu Mejía, al que luego se integró Soledad Álvarez y otros poetas más. Después llegó Fernando Vargas quién desempeñó un papel muy importante en nuestra formación teórica. Vargas era muy estudioso, vive ahora en Estados Unidos.

Publica entonces su libro “Aniversario del dolor”...

Durante años estuve dedicado a la actividad política; pero también se debe a que inicié una familia bastante joven. Como sabrás, yo tengo seis hijos. Un día se apareció por mi casa el poeta Tony

Raful y me dijo: Mateo y ¿dónde están los poemas tuyos? En eso mis textos estaban todos dispersos. Entonces yo los recogí, él los organizó, le dio forma, los pasó a máquina y los llevó a la imprenta de la Universidad Autónoma de Santo Domingo y en una alianza con Rafael Abreu Mejía, que era empleado de la imprenta, decidieron publicar “Aniversario del dolor”. Es un libro desigual. Hay textos que yo recupero, otros que recupero menos y la mejor demostración es que en la antología que he hecho recientemente hay solamente algunos de esos poemas.

“Visiones del transeúnte” es un libro dedicado a la ciudad...

Algunos pensaron que me había silenciado, entonces yo retorno con este libro que tiene algunos rasgos parecidos y por otro lado cosas muy distintas. Porque me veían como el poeta comprometido, pero sucede que desde el mismo “Aniversario del dolor” hay poemas de amor. Pero “Visiones del transeúnte” hay zonas totalmente de amor. Lo que pasa es que en ese libro anterior mi posición como militante revolucionario me exigía hacer poesía social y la otra poesía estaba algo marginada. Y pienso que sí, que “Visiones del transeúnte” fue otra forma de ver la poesía con mayor madurez

En “Si la casa se llena de sombras”, poesía el sujeto que poetiza abraza lo cotidiano y lo transforma...

Este es uno de los libros que a la gente más le gusta. Creo que se debe a la parte amorosa. Es un libro que yo quiero muchísimo, la verdad es que quiero a todos mis libros, pero tengo un amor especial por este. Es un libro que está dedicado a Iluminada mi

esposa. Es un libro de una reflexión existencial donde yo quería ligar el tema del amor y ya no el amor como el tema trascendente sino el amor como algo cotidiano, que podía estar incrustado en los muebles, en las paredes, en otras partes.

En “Nocturnidad del viento”/”Voz que se desplaza” hay muchos versos dedicados a amigos, compañeros de jornadas. Hay un poema de este libro que me gustó mucho, “Homenaje de luces”, dedicado a Jacques Viau...

Si, ya te dije que Jacques fue mi profesor en la secundaria en el Liceo Dominicano. Fue una experiencia extraordinaria, era él mi profesor de francés; sin embargo, en el recreo, era nuestro profesor de Literatura. Jacques tenía una formación extraordinaria y sólo tenía veintitrés años. Era un hombre con una cultura sorprendente. He conocido pocas personas como él. Esto no sólo es mi opinión que puede estar rodeada de la admiración, la gratitud y el respeto que tengo por él, también otras personas que le conocieron opinan lo mismo. Tengo un libro sobre Jacques Viau que puede salir el año que viene donde tengo diez entrevistas de gente que le conoció de cerca. Este libro también contiene un ensayo que he hecho sobre él. Este poeta haitiano fue un caso excepcional. Jeanette Miller me dijo hace un tiempo: “Mira Mateo, Jacques Viau tenía una personalidad tan especial, tan grande que cuando estaba la Sociedad de Escritores que la presidía Héctor Inchaústegui Cabral, Manuel Rueda entre otros, Jacques tomó un turno que impresionó a todo el mundo. Fue un ejemplo de integridad y ética. Conservo en mi mente, a propósito de tu pregunta, imágenes mentales de él recitando a Víctor Hugo. Nos iniciaba recitando en francés, luego traducía. Nos movió a gente como a mí

a conocer la literatura francesa, esto es conocer a Baudelaire, a Lautremont que escribía en francés aunque había nacido en Uruguay. Nos motivó a conocer a Verlaine y sobre todo a Rimbaud. Lo recuerdo con mucha admiración al extremo de que cuando poca gente va a recordarlo donde está enterrado yo voy a su tumba y lo recuerdo.

Me gustaría acompañarlo el año que viene.

Así será. Entre los amigos más cercanos a Jacques Viau están Silvano Lora, Antonio Lockward Artiles, que era como su hermano y Miguel Alfonseca. Fue “El Frente de Liberación” que dirigía Silvano Lora quien publicó su poemario “Nada permanece tanto como el llanto”.

En el 2005 llega “Dorothy Dandridge”, un poemario dedicado a la actriz afroamericana.

Este poemario surge por dos razones, primero yo no había hecho un poema a la negritud, aunque en algunos poemas, en especial en “Nocturnidad del Viento”, hay algo de eso y en “Si la casa se llena de sombras” hay un verso que dice: “Algún amor distante debería aparecer/alguien llenará de ruido este cuarto”. Refiriéndome aquí a África.

Yo visité África hace algunos años en una delegación oficial y fue una forma de encontrarme con una parte esencial de mis ancestros, de mis orígenes y luego estando en Puerto Rico leí en uno de los periódicos una reseña de Dorothy Dandridge que ya había muerto y en esos días se estaba haciendo una película sobre su vida. Esa lectura en Puerto Rico alojado en casa de

una cuñada, subrayé algunas cosas, llegué al país y comencé a escribir y no paré hasta terminar. Para mí ella es un símbolo de la negritud, una mujer bellísima. Yo conseguí y esto se lo agradezco a Adrián Javier y a mi hijo Franklin Morrison que trabajaron y seleccionaron algunas fotos. Te confieso que es uno de los textos que más me hace sentir bien. Me alegró mucho lo que me pasó y es que un día me dice uno de mis hijos que había visto en la Internet que esos poemas estaban traducidos al inglés. Yo me sentí extraño porque nadie me dijo que los iba a traducir, pero a la vez me sentí contento porque los poemas estaban siendo conocidos por nuevos lectores en el mundo. Comencé a investigar y la persona que lo tradujo es un norteamericano que vino a una Feria Internacional del Libro, compró el poemario, le gusto uno de los poemas y lo tradujo. Él me pidió excusas y yo entonces le pedí que lo traduzca completo y en estos días me escribió diciéndome que ya terminó la traducción completa.

Ahora ha reunido toda su poesía en “Las palabras están ahí”..

Di muchas vueltas buscando el título para este libro. Algunos amigos me sugirieron algunos títulos, finalmente yo quise hacer una selección y entregársela a la gente sin mi opinión. Cuando digo que “Las palabras están ahí”, estoy diciéndole al lector sea usted el jurado. No voy a defender mi poesía. Si ella no es capaz de defenderse sola, yo solamente digo “Las palabras están ahí”. Mucha gente se ha entusiasmado al conocer poemas míos, como el que está dedicado a Amelia Ricart Calventi, poema éste que ha sido traducido al francés y al inglés. Otros me han dicho: “Por fin volviste a publicar tu poesía social”, hay quienes me dicen: “Pero si has hecho una antología por qué

volviste a incluir esto? Y yo sencillamente le respondo: “Las palabras están ahí”. Que cada uno haga su antología. Si para alguien el libro es importante, “las palabras están ahí”; si para algunos solamente hay diez poemas “las palabras están ahí”, si para uno hay un poema, incluso si para algunos se salva un verso, “las palabras están ahí”.

¿Algunos poemas favoritos?

Eso me complica un poco la vida porque tengo varios. Pero para decirte “No sólo hombres”, el poema dedicado a Amelia Ricart, “La pareja del parque”, los poemas dedicados a Efigenia, mi madre, no porque estén dedicados a ella, sino porque creo que son buenos poemas, y los dedicados a mis hijas Berioska y Samantha, a mis otros hijos, a Iluminada y a mis nietos, en fin...

¿Y el poema “La escena de la muerte”

Sí. También “La escena de la muerte”

Leyendo sus libros de poesía a lo largo de estos 35 años, notamos un hombre creyente en la poesía como una gran utopía ¿Es así, poeta?

Exactamente así. Yo pienso que la poesía juega un papel extraordinario. A veces me resulta difícil definirla. En estos días me preguntaron en una tertulia y me sorprendieron, porque la he definido de diversas formas en cada etapa de mi vida. Ahora la veo como una necesidad espiritual. En un mundo como éste

yo pienso que la poesía tiene mucho qué hacer. Pienso que la poesía es un espacio para el fortalecimiento del espíritu, que es un espacio para la solidaridad como lo ha sido siempre en especial para el creador. Para mí en lo particular, la poesía es la única posibilidad que yo puedo verle de coherencia a la vida. Porque me parece tan árido todo, sin la poesía. Yo tengo que leer constantemente aunque no escriba. Hace unos días escribí un artículo porque estaba relejendo a Quevedo y estaba leyendo a San Juan de la Cruz y también a Jorge Guillén. Ahora en estos mismos momentos estoy relejendo a los románticos ingleses, y leer poesía y escribir poesía, es algo para lo que yo tengo que sacar espacio. Yo lo comparo con el amor, sobre todo cuando uno está en esta edad, tiene que sacar tiempo para el amor; el amor erótico. Uno tiene que sacar tiempo para amar a su mujer, aunque ya con menos tiempo y menos posibilidad que cuando era joven, tiene que sacar tiempo para el amor. Entonces, yo tengo que sacar tiempo para el amor y también sacar tiempo para la poesía.

Mateo Morrison

Espasmos en la noche

La almohada que me cuida
el lado izquierdo de la cabeza
no sabe de mis sueños
delgados ellos, se van construyendo
junto a ella y la almohada no lo sabe.

Sueños terribles, sueños tontos,
sueños tenues, sueños de amores
que se evaporan si despierto.

A mi lado qué soñará la
mujer que hace tantos años
usa la otra almohada
que de seguro tampoco sabe
de sus sueños, aunque sienta
sudores en una madrugada
donde colapsa la energía.
Pero el sudor no tiene nada
que ver con los sueños
porque éstos no transpiran
no generan nada material visible.

2

A lo mejor infinitamente delgados
se van a otra dimensión
donde ni siquiera los sueños
de la mujer que se supone que
me ama, se conectan con los
sueños míos
que estoy seguro que la amo.
Son sueños particulares, incommunicables,
dispersos en sus fragmentos de sombra,
vidas en los escenarios de muerte.
La sábana que sabe aún menos
de los sueños,
trata de comunicarse con
la almohada, que como dijimos
no sabe nada de sueños
o por lo menos da a entender eso
por la indiferencia que exhibe cuando
la sacudimos y no reacciona
como si el privilegio de resguardar
nuestras cabezas
no le importaba nada.

3

La sabana sabe de otras cosas
pero eso es más fácil porque uno
ya está despierto
y por eso la sabana sabe de cuerpos
que se mueven
de sexos diluidos,
de movimientos tenues
y movimientos bruscos
de humedades que hacen temblar
y ella no duerme,
hasta que no se
sacie la pasión
en caída vertiginosa hacia el silencio.

La cámara me observa

La precisa, digital, neutral,
sofisticada inhumana, pero no
Indiferente cámara
enciende sus lentes
y me observa.

Lo sé por el silencio de su luz
porque parece adivinar
mis deseos infinitos de tomar
un paquete de avellanas que
quiero asir para ir degustando
en todos los espacios del supermercado
y llegar con las manos vacías a la puerta de salida.

La cámara de todos modos
me captará aunque no tome
ninguna avellana de las góndolas
repletas de frutas.

Lo que quizás
no pueda la cámara saber
son mis deseos

Mateo

Mi nombre esta inserto
en tu presencia
como juguete nuevo
te exhibo en plazas
que llenas de sonrisa.
Ha llegado el enviado
a mis brazos de abuelo renacido.
Saldremos a caminar
por las calles ruidosas
y las llanuras vacías
emprenderemos los sueños
que fui dejando en los caminos.
Te entrego la antorcha
atleta de la vida
que comienza.

Li He



Li He [Fuchang, 790, ahora Yiyang, en la provincia de Henan - Chang'an, 816, ahora Xi'an, en la provincia de Shanxi], conocido también como Li Ho [Wade Giles], o con el apodo Changji [Larga fortuna], fue uno de los más brillantes poetas chinos de la dinastía Tang y uno de los tres más admirados por el presidente Mao Zedong. Según J. D. Frodsham, Li He nació en el Año del Caballo y en algunos 23 de sus poemas el caballo es símbolo de si mismo.

Descendiente de una familia de ilustres que habían servido en pequeños cargos burocráticos, se sabe que escribió poesía desde niño porque una leyenda dice que cuando tuvo siete años, el famoso poeta y polemista Han Yu visitó el pueblo y Li He escribió un poema en su honor. Al morir su padre, tenía 16 años, a los 21 se trasladó a Chang'an para buscar un em-

pleo en el servicio civil, pero perdió los exámenes imperiales pues uno de los caracteres del nombre de su padre era el mismo para el nombre del examen que debía presentar. Todavía es una de las supersticiones más extendidas en China.

Aún cuando murió, decepcionado por las dificultades a los 26 años, fue conocido como un *guicai*, o talento diabólico que confeccionaría sus poemas escribiendo primero algunas líneas en trozos de papel mientras cabalgaba, que luego colocaría en una vieja bolsa de tela negra, para cada nueva mañana extraer de ella el poema compuesto. Vivió atormentado por los problemas para ingresar a la burocracia y a pesar de haber aceptado un cargo menor en 811 tuvo que dejarlo por problemas de salud, recibiendo apenas ayuda de Han Yu que le admiraba.

Cerca de 240 poemas le sobrevivieron. Su poesía fue muy admirada al final de la Dinastía Tang. Li Shangyi escribió una corta biografía y Du Mu puso un prefacio. Sin embargo ninguno de sus poemas fue incluido en la más popular de las antologías de su tiempo, los Trescientos poemas Tang.

La poesía de Li He, mejor, su verso se caracteriza por el vigor, sorprendente y dramático, de sus imágenes; la singularidad de sus términos, pasmosas yuxtaposiciones con abruptos cambios de tono de un indeleble pesimismo que recuerdan los tiempos de crisis que le tocó vivir. Como se ha dicho, su dominio técnico contrasta con la iconoclasia de sus temas y melodías, que le han valido el injusto calificativo de poeta maldito. Du Mu ha dejado en un fragmento un esbozo de sus técnicas y asuntos:

“Las nubes y la bruma mezclándose dulcemente no pueden describir sus formas; las aguas serpenteantes no pueden describir sus sentimientos; el verdor de la primavera no puede describir su calidez; la claridad del otoño no puede describir su estilo; un mástil

en el viento, caballos en el frente de batalla no pueden describir su vigor; féretros de tierra y trípodes con sellos no pueden describir su antigüedad; los brotes frescos de las estaciones y las dulces muchachas no pueden describir sus encantos; los reinos devastados y los palacios saqueados, los matorrales espinosos y los túmulos funerarios no pueden describir su resentimiento y dolor, ballenas resoplando, tortugas impulsivas, los fantasmas de cabeza de buey, espíritus de cuerpo de serpiente, no pueden describir su amor por la extravagancia y lo irreal.”

Véase J. D. Frodsham, *The Poems of Li He (790-816)*, San Francisco, 1983; C. Graham, *Poems Of The Late Tang*, New York, 1977 y Zhongnian Qian, “*Li He*”, *Encyclopedia of China*, Beijing, 1992.

Harold Alvarado Tenorio [2009]

Cinco poemas

Li He

En Chengdu, para Jo Ta

El zumbar de los insectos hace delgada la luz de la vela.
La noche exhala humores de medicinas y está fría.
Bien sé que te dueles de aquel que camina
con sus alas quebradas,
Pero incluso, en esta amargura, me acompañas.

Respuesta de Jo Ta

Con la imponente nariz
digna de la ordinariez de tus vestidos
y el follaje de tus cejas hiriendo en íntimos suspiros,
si no cantaras, señor, esas tus baladas,
¿cómo sabríamos de la honda melancolía del otoño?

La tumba de Xiao Xue

Cuando enfermé, aquel otoño,
Xiao Xue, mi rubia perrita
venida del oriente
llegó hasta aquí conmigo,
cruzando mares y valles,
campos de caña y maíz.

Los que cuidaron de mí
inculpándote
de las llagas de mis pies,
de la holgura del vientre.
resolvieron darte muerte
pero no sepultura.

Nunca encontré tu cuerpo
pequeña Xue.
En parte alguna supe dónde
te arrojó la crueldad humana.

Si no hubo tierra para ti,
que haya, en estos versos
un término para tu descanso
y yo pueda,

al recordar tu existencia
la compañía que me diste
en las hondas soledades del Rio de la Maldad,
donde está el sepulcro de aquel,
que también tanto te quiso.

¡Oh, tú, Xiao Xuei
Bella y rubia
como el alba.

¿A qué se parecerá la tristeza?

Una muchacha con una jarra de vino.
El rostro del otoño cubriendo la tierra,
un caballo de piedra recostado en la bruma.
¿A que se parecerá la tristeza?
El viento entre los árboles
ahoga el sonido de su canto,
la extensa cola de su vestido oprime el suelo,
sus ojos, llenos de lágrimas, miran las flores del mal.

La vida se consume a si misma

La vieja y cansada liebre
y el frio sapo
lloran al ver el rostro de la vida.
Cientos de nubes cubren los muros de la ciudad,
ruedas de jade pisan el rocío,
un helado destino humedece la luz,
de la casia cuelgan pendientes de olvido,
un polvo amarillo mancha
el agua que nace en las montañas.

Cada que cambia el milenio
un corcel cabalga sin jinete.
El Reino del Centro es un polvo eterno:
las inmensas aguas del océano
agrietan la rueda de la vida.

Oye Jo Ta como el viejo canta
las canciones de tu juventud.
Dice que eras bello,
que eras fuerte,
que ibas por el mundo
como un carro de fuego.

Fue la carne de mujer
la que borró tu belleza.

Fue la tozudez de tu alma de ganso en el invierno.

Cada vez que cambia la vida
hay un corcel que cabalga sin jinete.

¡No salgas!

El cielo está oscuro, la tierra apagada.
Las serpientes de nueve cabezas
engullen las almas de los hombres,
la nieve y la escarcha
rompen nuestros huesos.
Los perros salvajes
van por el mundo rastreando sus despojos
y lamen sus garras degustando
el sabor de quien ha sido banquete.
El emperador envía un ejército
para acabar con los males del mundo.
Las estrellas adornan su espada,
el yugo de su carro es de oro.
Hinco la espuela en mi caballo
pero no hay camino para regresar,
las olas del lago son montañas,
miles de dragones venenosos
me miran envenenando el camino,
los leones y las quimeras soplan su mal aliento.
Nada es claro ya.
Hemos envejecido tanto como el Cielo.
Nada hay para preguntar.
Nuestra vida ha terminado.
Apenas el recuerdo de tu belleza
quedará al filo de nuestra muerte.

Juan Larrea

Javier Rodríguez Marcos

Juan Larrea era irreductible. En 1961, su hija murió en un accidente de avión junto a su marido. Él malvivía exiliado en la ciudad argentina de Córdoba y tuvo que hacerse cargo de su nieto, de seis meses. Al poco tiempo, recibió desde México un cheque enviado por Luis Buñuel. El cineasta quería rodar *Ilegible, hijo de flauta*, un guión surrealista -llamado a “abrir horizontes independientes de tiempo y espacio”- firmado por el poeta bilbaíno. El proyecto no se concretó porque éste se negaba a eliminar la escena final: un encuentro multitudinario de los testigos de Jehová.

Aquel cheque mexicano le llegaba a Larrea cuando más lo necesitaba, pero lo devolvió. Y lo hizo sin decirle una palabra a Buñuel de su penosa situación económica. Las circunstancias no le habían llevado a cambiar de opinión por dinero y quería que el director de *La edad de oro* actuara con la misma libertad. Así era **Juan Larrea** (1895-1980), del que acaba de publicarse *Poesía y revelació*, una antología de verso y prosa preparada por el hispanista italiano Gabriele Morelli.

Su carácter irreductible fue, de hecho, el que convirtió al escritor vasco en un raro dentro del grupo del 27. Incluido por Gerardo Diego en la famosa antología que, en 1932, canonizó a la generación de la República, Larrea fue durante años autor de un solo libro, *Oscuro dominio*, publicado en 1934 en una edición de 50 ejemplares. La influencia que ejerció en sus contemporáneos se debe sobre todo a *Versión celeste*, un libro

mítico cuyos poemas, escritos en francés, circulaban entre los surrealistas del momento: “Sin Larrea no se explican ni *Sobre los ángeles* ni *Poeta en Nueva York*”, dice Morelli. Que ese poemario se publicara antes en Italia que en España -donde apareció en 1970, con traducciones de, entre otros, Carlos Barral- es un ejemplo más de la suerte editorial de un poeta que buscó distanciarse de sí mismo escribiendo sus versos en otra lengua y que siempre quiso vivir al margen de toda oficialidad, incluida la de la literatura.

Versión celeste es uno de los núcleos de *Poesía y revelación*. Otro es *Orbe*, un diario que Pere Gimferrer, que lo editó parcialmente en 1990, compara con el *Libro del desasosiego*, de Pessoa. El volumen se completa con una selección de ensayos que ilustran la variedad de intereses -de la religión a la estética- de un hombre cuyo costado místico y visionario nunca se vio resentido por su compromiso político ni por su red de complicidades. Íntimo de Diego y Huidobro, su gran devoción fue César Vallejo, que mecanografió el original de *Orbe* y con el que Larrea fundó la revista *Favorables París Poema* en la capital francesa. Allí trabó amistad también con artistas como Juan Gris y Jacques Lipchitz, con el que Larrea mantuvo una correspondencia inédita de 800 páginas.

El arte fue una de las grandes pasiones del poeta. Suya es, según el propio Picasso, una de las mejores interpretaciones del *Guernica*, un mural cuya elaboración había seguido muy de cerca en 1937 como secretario de la Junta de Relaciones Culturales de la Embajada de España en Francia. Ese año, el escritor donó a la República la colección de arte inca, de cerca de 600 piezas, que había reunido durante un largo viaje a Perú y que se integró en la institución que sirvió de precedente al actual Museo de América de Madrid.

Antes de llegar a Argentina, el exilio de Larrea se detuvo en México y Estados Unidos. Volvió a España una sola vez. Fue en Diciembre de 1977 y para presentar, décadas después de escribirlo, la edición española de su ensayo sobre el Guernica, un cuadro que todavía tardaría cinco años en cambiar el MOMA de Nueva York por el Museo del Prado. Entre los presentadores estaba Felipe González. Esos días, Juan Larrea, que se consideraba a sí mismo un personaje del “drama español”, dio una impagable definición de sí mismo en la que, de paso, metía a su amigo León Felipe: “Más que inclasificables, somos desorbitados”.

Dos poemas

Juan Larrea

Espinas cuando nieva

Suéñame aprisa estrella de tierra cultivada por mis párpados
cógeme por mis asas de sombra
alócame de alas de mármol ardiendo estrella entre mis cenizas

Poder poder al fin hallar bajo mi sonrisa la estatua
de una tarde de sol los gestos a flor de agua
los ojos a flor de invierno

Tú que en la alcoba del viento estás velando
la inocencia de depender de la hermosura volandera
que se traiciona en el ardor con que las hojas se vuelven hacia
el pecho mas débil

Tú que asumes luz y abismo al borde de esta carne
que cae hasta mis pies como una viveza herida

Tú que en selvas de error andas perdida

Supón que en mi silencio vive una oscura rosa
sin salida y sin lucha

El mar en persona

He aquí el mar alzado en un abrir y cerrar de ojos de pastor
He aquí el mar sin sueño
como un gran miedo de tréboles en flor
y en postura de tierra sumisa al parecer
Ya se van con sus lanas de evidencia su nube y su labor
A la sombra de un olmo nunca hay tiempo que perder
Crédula exquisita la oscuridad sale a mi encuentro
Mi frente abriga la corteza del pan que llevo adentro
cortado a pico sobre un pájaro inseguro
Y así me alejo bajo la acción del piano
que me cose a las plantas precursoras del mar
Un ciervo de otoño baja a lamer la luna de tu mano
Y ahora a mi orilla el mundo se empieza a desnudar
para morirse de árboles al fondo de mis ojos
Mis cabellos se llenan de peces de penumbra
y de esqueletos de navíos forzosos
Sin ir más lejos
tú eres fría como el hacha que derriba el silencio
en la lucha entre el paisaje y su golpe de vista
Mas cuando el cielo exporta sus célebres pianistas
y la lluvia el olor de mi persona
cómo tu hermoso corazón se traiciona.

Ricardo Paseyro

Raúl Rivero

Ricardo Paseyro [Mercedes 1925-2009], el uruguayo que murió en París a los 83 años, creía, con todas las torceduras de la ingenuidad, en la pureza de la poesía y en la posibilidad de su existencia solitaria y suficiente. Como otra bola del mundo, en movimiento continuo y sin chance para los relojes. Un planeta íntegro paralelo a la Tierra.

Para contribuir a esa limpieza, escribía sus versos en un español casto, intemporal y abierto, ése que ya se había despojado de los achaques del periodismo que hizo Paseyro en su juventud en Montevideo. Y no llegó a contaminarse con el francés que el poeta adoptó como segunda lengua en París, donde vivió durante cuatro décadas con más visitas a España que a Uruguay.

Como poeta lo han dejado helado en la cumbre de la llamada Generación del 45. Como ensayista, Paseyro pasa a la posteridad más terrenal y problemática porque escribió con dureza contra Pablo Neruda y Octavio Paz, contra todo el que, en su opinión, hubiese maltratado la poesía o le diera al poema fines sospechosos.

He leído una crónica cariñosa de Carlos Semprún en la que reseña el libro de memorias de Paseyro, *Todas las circunstancias son agravantes*, editado en París hace dos años.

Semprún no comparte, desde luego, muchos de los criterios devastadores de Paseyro en su repaso final por los artistas que se cruzaron con su vida. Sin embargo, permite al lector ente-

rarse de que el uruguayo piensa que Octavio Paz es un escritor horrendo, que los surrealistas deben arder para siempre en el infierno y que Rafael Alberti es el mejor poeta de su generación.

Según el autor de *Arbol en ruinas* y *Alma dividida*, lo peor de Jean-Paul Sartre fue Simone de Beauvoir, pero muestra su admiración y respeto por José Bergamín, Cioran y Henri Michaux. Las descalificaciones y los elogios siguen párrafo a párrafo, mientras Semprún asiente, calla o contraataca siempre con buen humor y el cuchillo en su funda.

Ya está Paseyro fuera de las refriegas de la Tierra. Y ya sabrá si existe o no ese otro planeta sin tiempo y sin fracturas que fue un punto importante de sus búsquedas. Así lo dejó escrito:

*Buscar, buscar, buscar eternamente
buscar, y con las manos y los ojos,
fundar, contra la muerte, la hermosura.*

Cinco poemas

Ricardo Paseyro

Cenestesia

Adivino, sin ver, rostros, paisajes.
Escucho lo indecible; mi memoria
guarda el sabor de viajes y otros mundos.
Y siento, sin tocar la piedra viva,
la quemadura del volcán primero.
No hace falta morir para estar lejos.

Secoyas

Los gigantes más altos y sensibles
son montañas de nervios; antes fueron
piedras ensimismadas. En sus vetas
los ciclones marinos derramaron
sales, granos, aromas; los volcanes
le dieron fuego a sus raíces, savia
verde a las ramas, oro viejo al tronco.
¡Vivos están los reyes de la Tierra!

Ajedrez

Adelanto el trabajo. La casilla
blanca, vacía, libre de rivales,
fuerza mi voluntad, mientras la mente
adivina el engaño, sin salvarlo:
planteado el desafío, la derrota
representa la ley, si mal se juega.
Y es ilusión la suerte. La partida
acaso estaba ya dicha y resuelta
antes de comenzarla. ¿Pierde o gana
quien ignora por qué vino al tablero?

El jardín de Crathes

El cielo azul hasta la medianoche
tiene el color del mar y de las flores
que llevan su estandarte añil o pálido:
heliotropos y lirios, rododedros,
campánulas, verónicas, hortensias,
fucsias, miosotis, matalobos, salvias.
Al subir las tinieblas, el jardín
donde fulgían rosas, alhelíes
y amapolas de negro corazón
se repliega y se aduerme: sus perfumes
abrigarán el sueño de los árboles.

Clemencia Tariffa

Hernán Vargascarreño



Conocí a Clemencia Tariffa a través de su primer libro, *El ojo de la noche*, (1987), que me sedujo por su extrema sencillez y belleza. Su primer poema la define en su enfermedad como en su estética:

*Me habita otra mujer
Una extraña, una intrusa
que no alcanzo a entender*

pues su vida estuvo signada por la enfermedad y la pobreza, que no permitió a su madre hacerla tratar clínicamente a tiempo para controlar su epilepsia, hecho que le ocasionó

la aparición de episodios sicóticos sobrecargados. En cuartos de inquilinato, en los barrios más populares de Santa Marta, Tariffa tenía que llamar la belleza para que acudiera a sus versos, y afortunada ella, la belleza la visitaba:

*Yo no puedo pedir
un aro de Saturno
para mi delgado puño
ni una cinta de agua
para amarrar tristezas.
En cambio
sí puedo ofrecer
la excitante abertura
que centra mis labios.*

Ejerciendo labores de cocina y costura, su madre ganaba el sustento para proteger a su única hija. Y cuando tanta incomodidad y precariedad no le permitían a Tariffa escribir en la habitación que albergaba todos los enseres de estas dos mujeres acosadas por turbios avatares, la poeta deambulaba por la ciudad, tocaba puertas, buscaba amigos o se apostaba frente al mar para legarnos poemas como:

*Suaves, pequeños y tiernos
siempre erquidos, siempre firmes.
Senos de carne blanda
grácil figura y vaivén excitante,
que invitan a probar
las delicias de la tez canela.
Tallados sin aguja ni cincel
sobre musgo secreto*

*son montes cubiertos de azúcar
para una boca insaciable.*

Sabemos que el poeta escribe desde su propia individualidad amalgamada con la herencia genética y cultural que le precede y vive, y esa experiencia muchas veces le enfrenta a morales establecidas, y si a esto sumamos una dosis de personalidad genial y compulsiva, son más las personas que le huyen por físico temor o por celos profesionales. Esto le ocurría a Tariffa permanentemente. Los pretendidos poetas de la ciudad hablaban mal de ella porque veían en sus poemas una rival, y las personas del común temían recibir de esta mujer alguna agresión. Solo le quedaba entonces el lenguaje que salva a quien ve la vida y el universo como un inmenso abecedario para develar el misterio que seguiremos persistiendo en develar. Me atrevo a creer que fueron esas palabras convertidas en cantos lo único que llevaron a Clemencia a amar la vida a pesar de tantas adversidades.

Como he dicho los poemas de su primer libro me llevaron a acercarme a ella. La invité a un grupo para difundir la poesía y aceptó. Sin darnos cuenta, nos convertimos en sus protectores. Cuando empecé a notar la facilidad con que perdía sus poemas, los fui guardando con sumo celo. En 1994 envié un conjunto de ellos a dos concursos. En ambos resultó ganadora.

Su libro *Cuartel* lo recogí como los escombros de una casa que se va derrumbando lentamente, hasta caer en 1999, cuando murió Socorro Tariffa, madre de la poeta. Tariffa quedó sola y desprotegida y su cuadro clínico agravó. Logramos cuidarla año y medio. Por eso *Cuartel* es la suma de lo que quedó de *País de libélulas*, *Que viva la infidelidad* y el libro homónimo, pues en cada recaída rompía o perdía sus poemas. Un libro que recupera parte de lo escrito durante doce años después de la publicación de su primer libro. Sorprende y agrada la

sencillez del lenguaje, el efecto poético y la variedad de voces que tiene: desde lo coloquial hasta el hermetismo; desde la denuncia política hasta la íntima; desde la palabra precisa incidiendo en el verso breve hasta la postura confesional que deviene en humanismo colectivo; desde el sarcasmo hasta la contemplación de la naturaleza.

En 1999 María Mercedes Carranza se unió a un homenaje que hicimos a Tariffa. Parte de esa carta dice:

“Hay un poema de Clemencia que llama la atención. Se titula Misiva. Es un texto a la vez coloquial y hermético, iluminador y misterioso. Comienza con este magnífico verso: Todos los soles han de ser iguales tanto en las cartas como en las fábulas. Y continúa con lo que -a mi manera de ver- es una incuestionable aceptación de su destino como poeta, una confesión de amor por el oficio y por la vida: Pues si en realidad existe un dios, él más que nadie sabe que soy feliz de ser lo que soy, que desde que empecé a hacer arte jamás quise otra cosa diferente. Pienso que es este escueto reconocimiento de su elección por la creación lo que despierta mi admiración por este poema, lo que me hace festejarlo. He leído igualmente otros textos de Clemencia y tanto esos como el que he citado, delatan -y en esto quiero hacer énfasis- a una persona con una sensibilidad riquísima y con un pensamiento, sí, difícil si se quiere, pero lúcido. Toda su obra denuncia a una mujer y a un temperamento que nació para crear y no para destruir, para defender la vida antes que la muerte; a una poeta que delira por lo que vale la pena delirar, por el afán de frenesí, por el ansia de asombro, por la necesidad de revelarse tal como es, sin renunciaciones ni fingimientos.”

Es preciso anotar que el apellido Tariffa (Tariff, antes de españolizarse) se suma a la tradición árabe literaria que recibió el Caribe colombiano y que se evidencia en nombres como Olga Chams Eljach (Meira Delmar), Giovanni Quessep, Jorge Gar-

oía Usta, Raúl Gómez Jattin, Monique Facuseh, entre otros. Clemencia nació en Codazzi en 1959. Hacia los siete años fue llevada por su madre a vivir a Santa Marta. Desde hace ocho, irreconocible en su aspecto y a veces atada para que no se haga daño, sobrevive en una casa mental de este puerto del Caribe.

Cinco poemas

Clemencia Tariffa

Velada

¡Hermosa luna de volcanes!

Esta noche no tiene luna

sin embargo

escribo y hablo

a la sombra

que ocupa su lugar.

¡Dulce luna de azúcar!

cubre tu rostro

con un velo seguro

porque de noche

salen los niños

sobre hormigas doradas

y creerán tener derecho

sobre ti.

¡Cóncava luna de agua!

yo estoy aquí

en una patria infiel

en la mira de tus ojos

en un mecedor azul

triste y desnuda

cantando

frente al espejo.

Chantaje

Que se alboroten lindas mariposas
sobre nuestros cerebros cálidos
mientras van los pensamientos
que tanto amo
chantajeando un país entero,
y por los corredores oscuros
se incendien siempre
un par de senos pequeños
entre sus manos jugosas.

Carta de la ansiedad

Señora:
Cómo haría para decirle
que cuando usted está a mi lado
yo quisiera gritarle
que de su marido estoy enamorada
y los instintos me van devorando.

Señora:
Por su marido me detuve en dulce sueño
para convertirme por momento en fiera.
Mas no se preocupe señora:
él ni siquiera lo sabe.
Y yo soy incapaz de insinuarle,
fue la musa de Shakespeare
la que amablemente estuvo enamorada.

¡Ay señora de canción común!
Cómo le diría sin ofenderla
que usted ya no me inspira respeto
ni cuando la miro besando a... su marido;
yo solo aspiro a ser ladrona
en ese rico trigal del que usted es dueña
-y desde hace rato compró-
Pero si deja de cuidarlo
robaré limpiamente su más dorado grano.

En mí el resentimiento se va hinchando.

Eso sí.

No se asuste mi señora
si las campanas cambiaron de tono,
que no es mi corazón el que está repicando,
solamente las agujas que ya no soportan el silencio
y por eso quieren salir del pecho.

Disculpe usted, señora.

Misiva

Todos los soles han de ser iguales tanto en las cartas como en las fábulas, ante todo, si quien escribe niebla en un país de maravillas tempranas. Tal vez un malecón de algas conserve en mi cerebro verde como han vivido las letras en las mismas cartas leídas, pues si en realidad existe un dios, él más que nadie sabe que soy feliz de ser lo que soy, que desde que empecé a hacer arte jamás quise otra cosa diferente.

Por supuesto, me siento más húmeda que una manzana rosada, después de leerte. Reconociendo ser más tímida, pero no por eso he olvidado las cigarras, ni mucho menos escribir poemas, por supuesto, cuando le escribo al poeta.

Armando Valdés-Zamora

Exilio

Hay una calle de adoquines en lugar del horizonte
y una muchacha que juega con un aro sobre
el agua viene hasta el farol a preguntar su nombre.
Hay un campo de trigo, dos caminos sobre la hierba
de un bosque de pinos y un castillo que ocupa
a lo lejos el espacio del velero en la bahía.
Los labios con perfume de naranja y un caracol
rodando acallan por momentos la música del piano
en un café del puerto.
(Las teclas del piano imitan el zigzag de un cangrejo
sobre los acantilados el día en que me fui.
Las teclas imitan mi naturaleza abandonada).
En vez del sol la nieve. A la espalda mojada
por los peces la cubre ahora un paraguas desplegado.

Distancia de una isla

Estoy sentado en un puente del Sena.
A la derecha el Louvre.
A mis espaldas otra isla y el regreso del agua en las miradas.
Frente a mí un nuevo barco con
su estela de signos a la deriva.
A unos metros una muchacha
fija con piedras sus dibujos a la baranda del puente.

*(Ahora el olor a perfume de dos damas roza los bordes de la hoja
donde escribo).*

Desde aquí veo la torre Eiffel, al menos su final
intentando tocar el ala de algún pájaro o
los ojos de un viajero:
me agrada la instantánea coincidencia
de los símbolos y los solitarios.
Llegan cartas abiertas con la mordida a una manzana verde.
Pienso que es verdad y debo estar feliz.
Para todos soy un fugitivo y me molesta
detenerme aunque esté lejos.

*(La señora del perro me mira porque su perro pasa despacio entre
mis piernas).*

Son las doce del día.

Un día diferente por estar sentado sobre el Sena.
A esta hora debe estar llegando el sol sobre la isla.
Mis amigos esperan tras la puerta
y el sábado acordarán hacer girar las botellas en la arena.
Mi madre está despierta y ahora me escucha
a ocultas de la gente que no comprendería.
Una amiga preguntará si ya he visto caer la nieve
en la plaza de Vosges y mi madre indicará en las fotos
del invierno los primeros testimonios de la huida.
La soledad es culpables si no somos libres.

*La libertad puede ser como la señora del perro, o la mirada al
agua, o el perfume.*

Cementerio Père Lachaise

Y ahora que las torres son todas las torres abolidas y
parentemente corre la libertad de la brisa junto a ese río,
los gatos han vuelto a sus espacios de gritos afinados y
el gris de las tumbas tiene flores cuando
te sientas en la hierba a leer de cerca para abreviar el viaje.
Falta el resplandor de la luz en las columnas de la mañana,
el delirio de escaparse por el mar con la ira del esclavo y
las velas parpadean desde su soledad apagada.
Ahora que los mapas fueron alcanzados y
el aullido de los lobos de Jim Morrison
desciende tras las inscripciones del mármol
sin escuchar la canción a una mujer perdida.
Ahora que los mapas se despliegan bajo los zapatos marcando
con mis dedos los nombres perseguidos por la espera y
ese río y todos los ríos dicen ser el Sena,
sabemos que la locura ha muerto
de serenos aplausos a las estatuas
que borran con el sueño las palomas de las plazas.

Estoy sobre los mapas elegidos con rabia y tengo miedo que
no me duela más el hambre.

Y el placer de no olvidar el miedo me hace caminar entre las
tumbas dibujando en la tarde las siluetas que me faltan:
Julián del Casal rompiendo con José Martí las cenizas de

un arcoiris al subir las escaleras de la casa de Victor Hugo.
Lezama Lima dejando una rosa también calcinada por la nieve
sobre la lápida negra donde Marcel Proust repite
que los únicos paraísos son los paraísos perdidos.

Ya sabemos que París no existe
más allá de los muros de este cementerio.
Porque sino qué puedo agregar a la ilusión
de imaginarlo después de recorrer
las tumbas de solitarios aferrados a la muerte.

París no existe porque ha dejado de ser imaginario.

Mohammed Bennis

Silencio

Un horizonte se desborda de la plenitud del silencio
Comprendo que lo que hay
entre la muerte y yo lo origina la lengua

Grietas del espacio universal viajan por las venas
con más fuerza que la herida cuya profundidad
escucho todavía descomponiéndose en mi aliento
a solas a lo lejos
cada vez que relucen los pájaros del tiempo
y se reúnen las cenizas

Nubes cuya negrura escala los tejados
y los que vuelven de vendimiar
se hacen canto ancestral en la primera taberna
Vuelvo con ellos
Guía mi paso el viento y la humedad del río
paralelo a los pájaros que se elevan al cielo
La tarde era un campo que me recordaba
a Hölderlin en Burdeos
Viñas siguiendo un rastro de perfumes

Y para ti el soplo del viento
De antaño hemos venido
con retoños de los campos de Córdoba

Y para ti el trago de la tarde
Caerá una luna de pronto
una luna para serenar nuestra noche
Un vaso tallado
reparte entre nosotros
mil destellos de fuego

Y para ti el trago de la mañana
Yo dejo una elegía aquí
más dulce es el rocío
más suave es el rabel

Silencio II

En mi borrachera tropecé con rostros
Yo sabía que habían nacido
en una tierra de lindes perdidas en el silencio
Rostros que imaginé como un espectro
que llama a la puerta y aterroriza una noche
y la noche que sigue a esa noche
Oye tabernero estamos aquí
venimos buscando vino de Burdeos
Un amigo que se nos parece
llegará ligero con el rocío de su amanecer
Ábrenos el cerrojo
para que baje su cuerpo como un resplandor
entre el vaso que bebía y el vaso
que tal vez ha colmado el hueco de su pecho
He hecho una invocación
y ya están devorando las tinieblas una estrella
que refulgía al tiempo que el vaso...

Ricardo Villa

El corto adiós

Si tuviera que irme, no me despediría de la gente...
Me despediría del mar, de las olas, del río, de la sierra,
de las tunas, de las iguanas entrupilladas,
de los calvos cerros, de la lluvia y de la brisa de diciembre.
Le diría adiós a los domingos, al sol, al viejo balcón,
al café del atardecer, a los cigarrillos sueltos,
a las calles del centro, a los parques descuidados
y a los bares de un semestre.
Hasta siempre a los sueños de algún día,
a uno que otro familiar que aún no haya apretado la cuña,
a la mano zurda, a las promesas incumplidas,
a las deudas mal pagadas,
a las heridas abiertas y a las cuentas saldadas.
Hasta luego al amigo que acabase de morir,
como decía el coronel sumido en la soledad del poder
y a los proyectos colectivos que,
en legado de Kant, se tornaron unívocos.
Hasta la vista a la vida del hotel mamá, a la ropa vieja,
a los libros heredados y todavía no hojeados,
al cordón umbilical y al derecho.
Si tuviera que irme, no me iría solo;
aunque sólo sé que en el desexilio,
nada volvería a ser lo mismo.

Fui el ayer

Y fui el ayer,
una masa amorfa, estentórea, hiperbórea;
Dejé atrás el mañana, me olvidé del presente,
perdí la conexión de los días,
las semanas, los años, los siglos, los milenios.
Y fui el ayer
El cero y el uno,
lo oblicuo y lo convexo,
el sueño y la realidad,
la paciencia y la nostalgia
y su majestad: la ansiedad.
Y fui el ayer.
No estaba en la onda ni en las tejas de mi mente;
ni en los hilos invisibles,
ni en lo oculto o en el halo del misterio.
Fui el ayer, ed quid vic fac;
me escondí en las palabras, en el este y el oeste,
en el río de Sidharta, en el alfa y la omega,
en el nirvana encendido y en el viaje de los siete círculos;
en la luz de las mentiras, en la plaga homenajeadada,
en la mar de la leva; en la cárcel de tu ausencia,
en el ayer vigente, maleante, mudable, enfermizo y transable.

Y fui el ayer,
una decepción para el pasado.

Jesús Suárez González

Fragmentos

Recuérdame cuando vuelvas que nunca has existido,
que siempre he estado ahí para una sombra;
he cercado tus fronteras, por dentro y por fuera,
y no te he conocido;
no me calman tus palabras ya, no estás ya;
y en tu huída he conseguido que se paren,
para siempre, los minutos de la muerte;
(y aún así, hundido en partes,
me debilita tu ausencia.)

La danza de la muerte
arranca agónicos gritos al silencio,
que despierta musitando nuevos ritos;
¿la esperamos?
¿la tememos?
sólo somos esclavos de nuestro tiempo.

Emerges del silencio y por eso callas,
como noche, como lluvia,
como un triste condenado incapaz de mantenerse;
agitas tus alas inmensas,
lubricadas por el sol de un pueblo muerto
que recita versos muertos
a muertas calles,
obligándome a mirar en tus ojos empañados
y a caer,
asesino de esperanzas, en tus brazos.

El sonido del desierto,
llamamiento eterno a la esférica morada
de tus ojos cerrados por el sueño
dentro de la madre
estamos prisioneros y salvados,
tumba del dolor es su piel,
y, al fin, expulsados,
vaciamos nuestra ira
los unos en los otros.
dentro de la madre,
prisión salvadora,
sólo existe soledad,
frío,
pensamiento,
tenue luz;
no recuerdo el nacimiento,
lo primero que lanzamos es el llanto
exigiendo ser devueltos
a la cueva de su piel...
...ignorados.

Soy un ángel proteico,
cambiante demonio entre los restos,
mañana dormiré apacible
en el hogar que jamás he visitado;
nunca aguanto demasiado
parado en un mismo lugar.

Juan Camilo Taborda

Epitafio a la muerte

Hoy más que nunca deseo terminar con mi existencia,
siento el recelo, la hipocresía de norte sur
me devora como una loba en pleno cielo.
Desearía estar en una torre,
empezar por contarle a todo el mundo
que las monedas no se pierden bajo un escritorio,
arrojarme al vacío, caer y caer, sin que nadie me reciba,
que sólo esté posada ahí la muerte,
hace mucho mi vida se convirtió en rutina,
no me apasiona vivir, ya no cuento monedas si no,
días, minutos, segundos tras la misma tarea.....
Mi presencia cada día es mas penosa,
deseo desplumar mis sentimientos,
arrojarlos al vacío, recogerlos al cruzar la puerta
de este inhóspito lugar,
Atemorizar a todo sujeto que piense que tener una máscara
que no se quita ni se peina con facilidad,
ni es sencilla de usar,
menos lanzarse al vacío,
saber que lo que haces ya no es
suficiente para ti ni para nadie.

Han robado tus monedas y tu sueño huyó ayer en bicicleta

Esperanza la muerte perfecta

Que espera para llegar.
Baterías, guitarras y voz
empuñan el camino.....

Es momento,
acaso restregar una palabra
sería adecuado,

Recaer no lo tengo descifrado,
mientras la caída libre
observa.

Despertar,
luchar,
Abrir los ojos,
Sólo es la disputa
grita al horizonte.

La batalla afuera espera,
hace frío,
Sólo es un plácido cuerpo,
es penumbra.

Es sólo el adiós entre los miedos.

Canto de la muerte

Te entrego este cuerpo
ya que esta vetado,
huele mal,
parece que el silencio lo sepultó.

El machete junto
a su cuerpo se posa
en su espalda, espera
que las pulgas canten
en el cumpleaños
que no verá,
de la torta que no comerá,
y al entierro que no asistirá.

Mateo Morrison (Santo Domingo, 1946), actual Subsecretario de Estado para la Cultura de la República Dominicana, es Licenciado en derecho y autor de una extensa obra poética, periodística y narrativa. *Las palabra están ahí* (2008) es la más reciente antología de sus poemas.

Li He (Yiyang , 790-816), comenzó a escribir poesía a los seis años y ya era bien conocido a los quince. Luego de fallar en los exámenes imperiales, cayó en una profunda depresión que le llevó a la muerte a los 26 años. La leyenda dice que un ángel, conduciendo un rojo dragón, llevó su alma al cielo. Traducciones de Harold Alvarado Tenorio.

Juan Larrea (Bilbao, 1895-1980), en París, donde decidió escribir en francés, fue amigo de César Vallejo con quien hizo una revista. Furibundo surrealista, su poesía está reunida en *Versión celeste*, que publicara Barral. Vivió largos años de exilio en América.

Ricardo Paseyro (Mercedes, 1925-2009) dejó Uruguay en los años cincuenta para vivir y morir en Francia, donde fue diplomático. Autor de libros como *Mortal amor de batalla* o *Para enfrentar el ángel*, fue un virulento ensayista que no vaciló en cuestionar ni a Paz y menos a Neruda. Sus huesos descansan en Père-Lachaise.

Clemencia Tariffa (Codazzi, 1959), vivió desde niña en Santa Marta, donde perdió la razón y está encerrada en una prisión psiquiátrica. Uno de sus libros de poemas eróticos fue publicado en 1987 bajo el título de *El ojo de la noche*. Recibió los Premios Koeyú y Poesía del Instituto de Cultural del Cesar. Presentación de Hernán Vargascarreño.

Armando Valdés-Zamora (La Habana, 1964) creció en Santa Clara donde sus padres fueron encarcelados. Doctor en Letras de la Sorbona, trabaja en la Universidad de Paris. **Libertad del silencio** (1996) es uno de sus libros.

Mohamed Ahmed Bennís (Tetuán, 1970) es Doctor en Ciencias Políticas de la Universidad de Rabat, donde su libro *Acompañado por una montaña ciega*, recibió el Premio Nacional de Poesía de Marruecos en 2007.

Ricardo Villa Sánchez (Santa Marta, 1977), abogado y periodista, es autor de un libro titulado *Poesía a control remoto*. Ha escrito crónicas para **El Informador** de su ciudad.

Jesús Suárez González (Madrid, 1982), licenciado en Filosofía por la Universidad Complutense, vivió muchos años en Córdoba. *Manual de instrucciones* (2008) es su primer libro.

Juan Camilo Taborda (Manizales, 1983) estudia Filosofía en la Universidad de Caldas.